
MISTERIO DE UNIDAD, MISTERIO DE DESUNIÓN, UN TESTAMENTO ECUMÉNICO

José Luis Díez Moreno
Director de Pastoral Ecuménica



C/ José Arcones Gil, 37, 2º. - 28017 MADRID [España]

Tel: [34] + 91 3675840

Fax: 91 377 06 85

infoekumene@centroecumenico.org

<http://www.centroecumenico.or>

**Sin el conocimiento de la propia Iglesia y de las otras,
sin conversión diaria ni perdón mutuo ni oración constante,
edificaremos un ecumenismo enfermo.**



Un testamento ecuménico: Misterio de unidad, misterio de desunión.

Ya a últimos de noviembre finalizaron los homenajes a D. Julián García Hernando. Bien merecidos, como queda patente en el desarrollo de cada uno de ellos, todos entrañables actos donde ha quedado enmarcada su figura de eminente ecumenista. Se han dado cita palabras tan expresivas como hombre humilde, siempre acogedor y comprensivo o verdadero ministro de reconciliación. Quienes hemos permanecido cerca de él podemos añadir: hombre de oración, en constante conversión, paciente, siempre obediente a la Iglesia, en continua entrega a la causa de la unidad de los cristianos, lo que un día, allá por 1945-46, descubrió, a cuya vocación fue siempre fiel y así se convirtió para él en carisma, por donde le condujo el Señor durante tantos años y entre tantas dificultades, sufrimientos, consuelos y alegrías también.

1.- SU TESTAMENTO ECUMÉNICO.

Ahora debemos no sólo recordar, sino reflexionar y poner en nuestra vida su pensamiento. Entre tantos destacamos unos párrafos suyos de los últimos años, verdadero testamento ecuménico.

En el homenaje en Segovia, con motivo de sus 80 años de edad, acerté a leer al final de mi intervención unos trozos de una larguísima entrevista, todavía en aquellas fechas sin publicar, que yo mismo le había hecho. Se encuentran en ellos frases importantes que produjeron verdadera sensación en los asistentes al acto, como antes lo habían producido en mí.

Cuando recitamos ciertos salmos hallamos palabras como: "*Dios mío, mi alcázar, mi fortaleza, mi roca, mi salvación...*", que nos llevan a pensar en la profundísima experiencia de Dios en quien así habla. Con la debida distancia, aquí ocurre algo similar. Las de D. Julián son palabras imposibles sin una gran experiencia y una riquísima sensibilidad ecuménica. Tal, que a los más próximos a él nos parecieron desde entonces su testamento ecuménico.

Ese testamento dice:

"Contemplar a la Iglesia por encima de las diferentes confesiones. Amar más a la Iglesia católica y aprender a amar a las de mis hermanos de otras confesiones cristianas. Se han ampliado los horizontes de mi amor eclesial.

He profundizado en el misterio de la Iglesia a través de las divisiones que en ella ha habido a lo largo de los siglos. Porque el de la división de los cristianos es un misterio de primera magnitud y como tal hay que abordarlo.

Misterio ya en el momento de las rupturas, porque ¿cómo puede entenderse que personas rectamente intencionadas hayan provocado las separaciones eclesiales?

¿Cómo puede explicarse que esas separaciones continúen a través de los siglos, apoyadas y sostenidas por hombres que se llaman y son verdaderamente cristianos?.

Cuando dialogo con un hermano de otra confesión, cuando oro con el mismo, muchas veces me siento invadido por el misterio, que se me manifiesta a través de este interrogante: ¿Por qué estamos lejos hallándonos tan cerca? ¿Por qué estando tan cerca continuamos alejados?.

La autenticidad de la fe que hay en mí la supongo también en mi hermano. El nivel de su convicción religiosa es también el Mío. La sinceridad de entrega al Señor compartimos también por igual. En el amor a la Iglesia podemos estar empatados. Somos rivales en el amor a Cristo. Hay entre nosotros una auténtica emulación. Hambreamos juntamente la unidad de la Iglesia. Y competimos en el esfuerzo por conseguir su logro. Si esto es así, como en

verdad lo es, ¿por qué continuamos desunidos?. No encuentro respuesta a esta pregunta. La luz se me apaga. Me invade la oscuridad y me hundo en el misterio. El de la unidad es un misterio. Su solución desborda todas sus posibilidades. Debemos impetrarla de Dios, unidos a la oración de Cristo. Todas las dimensiones del problema ecuménico son importantes y necesarias, pero la llave del problema está escondido en los arcanos del Altísimo” (*Pastoral Ecuménica, nº 49, pp. 75-76*)

No solamente estas dos páginas, sino las 36 de la entrevista forman sus últimas opiniones acerca del ecumenismo: Vaticano II, Consejo Mundial de las Iglesias, grandes Asambleas Ecuménicas, realidad del ecumenismo en España, Misioneras de la Unidad.

Los párrafos transcritos corresponden a la pregunta final: “ *Para terminar, ¿cuál es la experiencia más profunda vivida a lo largo de los años dedicados a este apostolado?*”.

2.- UNA, SANTA.

Su respuesta constituye un tratado de ecumenismo teológico y práctico, nacido de su propia vida. Contemplar la Iglesia por encima de diferencias confesionales es como el “catón” del ecumenismo, sin cuyo conocimiento y práctica es imposible avance alguno. La Iglesia de Cristo es Una. Nosotros la hemos escindido en varias denominaciones, distintas formas de interpretarla y vivirla. “Una” es la primera de sus notas. Tan conocida que no sería necesario subrayarla especialmente. Pero, no, pues de no vivirse así, actuaremos como si fuéramos muchas Iglesias pugnando por ser la verdadera, la mejor, incluso la más poderosa. Eso dificulta continuamente el acercamiento. Para ser ecuménico es preciso tener absolutamente claro y asumido que todos los bautizados en Cristo y renacidos con Él, constituimos la misma y única Ekklesia, comunidad o comunión. “*Los que nos hemos incorporado a Cristo por el bautismo, nos hemos revestido de Cristo. Porque todos somos uno en Cristo Jesús Señor nuestro. Ya no hay distinción entre judíos y gentiles, esclavos y libres, hombres y mujeres*” (Gal, 3,27-28).

Desde aquí conviene mirar esta nuestra realidad. Más, es imprescindible para situarnos por encima de nuestras divisiones. Sólo de este modo no nos dejaremos atrapar por la exclusividad de una Iglesia, al tener a la vista la Unidad dimanante de Cristo, por el mismo Bautismo. Viviendo esta realidad podemos descubrirnos, acercarnos, perdonarnos con mayor facilidad, somos la misma familia. Tal vez hubo de repetirse a sí mismo D. Julián esta realidad y la recuerda como un éxito en su compromiso ecuménico constante.

Se ensancha así, sin duda, la perspectiva de un cristiano cumplidor de la voluntad de su Señor en Jn. 17,20: “*Que todos sean uno para que el mundo crea...*”. Quien busca esta unidad advierte necesario dejarse interpelar por la Palabra de Dios. El pasado Sínodo de los Obispos, de octubre de 2008, nos dejó bien clara la estrechísima dependencia de la acción ecuménica de la Santa Escritura. Como espada de dos filos llega hasta nosotros: ¿Tú qué? ¿Qué buscas? ¿Dónde vas? ¿A qué estás dispuesto? ¿Te fías de Dios más que de ti mismo? ¿Aceptas que Dios te desinstale de seguridades? ¿Es Cristo tu único Señor? Todo esto y más se le pide a quien se embarca en la frágil

navecilla del ecumenismo y si no se pone así a disposición del Señor de toda unidad, estará haciendo un ecumenismo falso y enfermo.

Claro, aquí en el interior se sienten las exigencias de constante conversión, constante fidelidad a Dios contra viento y marea, tesón sin límites en la obediencia a Dios.

3.- AMAR LA PROPIA IGLESIA PARA AMAR LAS OTRAS IGLESIAS.



Conocer y amar a la propia Iglesia conduce a conocer y amar las otras Iglesias.

Estas realidades teológicas y prácticas, la Iglesia de Cristo es Una, Santa, Católica y Apostólica. desembocan en consideraciones básicas en el compromiso por la Unión de los Cristianos: el conocimiento de la propia Iglesia y de las otras Iglesias. Sin ello el ecumenismo se hace tortuoso.

“Amar a la Iglesia católica y aprender a amar a las de mis hermanos de otras confesiones cristianas”, **acentúa D. Julián.**

Lo destacan muchos documentos sobre el ecumenismo: *Unitatis Redintegratio*, del Vaticano II, *Ut unum sint* de Juan Pablo II, o declaraciones del cardenal Walter Kasper, o de autoridades y teólogos de diversas Iglesias: el amor y conocimiento de la propia Iglesia es punto de partida de la experiencia y vida del ecumenismo. Sin conocer la teología, historia, espiritualidad, tradiciones de la propia Iglesia no se la puede amar y sin amor a la Iglesia de

cada uno, ¿cómo será el ecumenismo, cómo se puede salir al encuentro del otro hermano, sin experiencia ni seguridad interna, desconociendo sus propias riquezas, sus realidades actuales?

Es este, un escollo actual. Los jóvenes, atraídos por lo apasionante de la búsqueda de la unión de los cristianos, máxime ahora cuando la sociedad entera emprende caminos de mayor acercamiento, se sienten a veces deslumbrados por bellas perspectivas, empujados incluso por la urgencia que en sí comporta la unión de los creyentes en Jesús y esto es comprensible. Se encuentran sumergidos, además, en la inmediatez ofrecida e impuesta por la sociedad de nuestro tiempo.

Tal ambiente los conduce a tener menos en cuenta las etapas necesarias para la sana consecución de este acercamiento y con frecuencia prescinden de los tiempos, lentos es verdad, de la formación personal, imprescindible, del conocimiento mutuo y de criterios seguros en cuanto a la unión cristiana pues, dado que se actúa con personas y doctrinas, nada puede dejarse a opiniones no sentadas, a impulsos e improvisaciones del momento o apetencias meramente personales.

Son ellos imprescindibles para el movimiento ecuménico del siglo XXI, necesitado de sus espontaneidades, su vigor y hasta sus imprudencias. Repito frecuentemente, y lo he hecho en ocasiones, lo indispensable de ciertas imprudencias en el camino ecuménico, pero la exigencia de seria formación, criterios estables, tesón en lograr el conocimiento son inexcusables. Luego la búsqueda, acogida y perdón. Si no hoy es muy fácil construir un ecumenismo acomodaticio, inconsistente y, por ende, ineficaz, efímero y contraproducente.

No conviene olvidar la frase del gran ecumenista, cardenal Mercier: "*Para amarse hay que conocerse, para conocerse hay que encontrarse, para encontrarse hay que buscarse*". Todo ello requiere unos tiempos, un empeño, una objetividad, una humildad, un salir de los estrechos pensamientos puramente subjetivos. Es igual que el amor humano, si se rompe esa cadena no llega a buen término, fracasa. Todas las personas con años en la acción ecuménica saben bien que esto no tiene alternativas posibles.

La historia nos ofrece ejemplos contundentes cuantas veces se ha intentado una unión poco cimentada, aún, después de firmados los documentos de unión, todo se ha venido abajo. Los jóvenes no tienen los prejuicios que a nosotros nos detienen pero, por su condición, precisan de más solidez y mayor constancia. La unidad cristiana no son pactos entre hombres, sino acercamiento a la voluntad de Dios; no se consigue haciendo "tabla rasa" de todo, por ahí se llega a un irenismo incontrolado; tampoco consiste en aislarse dentro de la propia Iglesia o los propios conceptos llegando a un antagonismo insalvable; es más bien colaboración, la conversión, el conocimiento..., confiando como si todo dependiera de Dios y esforzándose como si todo dependiera de cada uno de nosotros.

Subraya D. Julián **el amor a la Iglesia católica**. Él amó mucho a la Iglesia, lo podríamos confirmar con tantas cosas. La amaba porque la conocía. Sólo desde esta actitud nos hallamos dispuestos a la segunda parte, practicada por él también: **aprender a amar a las de mis hermanos de otras confesiones cristianas**.

Al conocer y vivir la doctrina con sus riquezas teológicas y espirituales, la historia maestra de la vida también entre los cristianos, las flaquezas incluso y los hechos negativos, de los que hay que arrepentirse, el cristiano se capacita para entender al otro hermano, dar los primeros pasos hacia él, madurar para el diálogo, sobre todo el diálogo de la vida y del amor. Es imprescindible. Bien trabajados estos elementos se puede actuar con cierta seguridad en el campo ecuménico y comenzar a vivir el don del ecumenismo.

Tenemos a nuestra disposición importantes documentos para nuestra imprescindible formación y enriquecimiento doctrinal, espiritual y pastoral. Para un católico es ineludible el estudio serio del Decreto conciliar sobre Ecumenismo: *Unitatis Redintegratio*, pero también el *Directorio de Ecumenismo* donde encontrará un verdadero panorama de pastoral ecuménica, o la Encíclica de Juan Pablo II *Ut Unum Sint* verdadero remanso para la práctica del ecumenismo. Un cristiano comprometido con la búsqueda de la unidad cristiana debe conocer documentos ecuménicos tan importantes como el *Documento de Lima o BEN* en el que teólogos de diferentes Iglesias ofrecen una pre-

ciosa doctrina acerca del Bautismo ,la Eucaristía y el Ministerio .No podemos dejar de conocer el documento sobre *La Justificación por la fe* auténtico ejercicio de diálogo ecuménico, los documentos entre la Iglesia Católica y la Anglicana o los últimamente aparecidos y producto del diálogo católico-ortodoxo. El elenco de riquezas ecuménicas necesarias para nuestra formación son numerosos y con ellos conseguiremos practicar un sano ecumenismo.

4.- EL MISTERIO DE LA DESUNIÓN.

Es más lo que nos une: Cristo, que lo que nos separa. Aunque en el pasado se produjeron esas divisiones hemos de mirar, al menos en lo imprescindible, a esas fechas para convencernos de que todos tenemos culpa. Así nos lo señala *Unitatis Redintegratio*, base para conocer e iluminar bien nuestra acción ecuménica.

“He profundizado en el misterio de la Iglesia a través de las divisiones que en ella ha habido a lo largo de los siglos”, acentúa D. Julián.

La Iglesia es un misterio de amor de Dios al hombre por medio de Jesucristo. Sin embargo la infidelidad del hombre fabricándose la historia desprecia el amor y unión proyectados por el Padre. Aquí reside el gran pecado de la Iglesia, creada para reconciliar a unos con otros, al mundo con Dios y, por el contrario, llena de divisiones. Por eso, tales divisiones son también un misterio, una tremenda irrupción en el misterio de la unidad, dimanante de la unión del Dios Trino. Así hay que contemplarlas y, acaso, como profunda enseñanza de Dios. Por medio de este dolor llegamos al reconocimiento de nuestro pecado de infidelidad, desobediencia, soberbia, egoísmo, aún dentro de la elección de Dios, con la esperanza de solucionar el terrible antitestimonio ante el mundo, desde siglos y en nuestros días.

Es tremendo ver como Europa, tan dividida por las guerras, ha logrado iniciar su acercamiento en la Unión Europea, mientras las Iglesias, tan colaboradoras en levantar de su postración el continente, aún permanecen distanciadas hasta el punto de considerarse muy satisfechas con reuniones donde únicamente se cosechan palabras y más palabras. En Sibiu (Rumania) la última de las Asambleas Ecuménicas Europeas, a la hora de la verdad, cada Iglesia celebró “su Eucaristía”. Todo un termómetro de la real desunión entre ellas.

“El de la desunión (...), dice D. Julián, es un misterio de primera magnitud”.

En la última noche de la vida terrena de Jesús se produjo la primera gran división entre los que Él había elegido para estar juntos. La envidia y el rencor condujeron paso a paso al traidor a desgarrar la unión. Lo mismo que hacemos las Iglesias cuando mantenemos la separación con los otros hermanos. Así ocurre también en el interior de cada Iglesia y con frecuencia incluso entre quienes decimos estar entregados a la causa de la unión de los cristianos.

Entre nosotros aparece el germen de la división por la envidia, el deseo de dominio, la arrogancia, la escasa humildad y obediencia. Nos hacemos parte del misterio de divi-

sión y nos convertimos en ministros de irreconciliación. Surgen, sibilinos muchas veces, los que buscan separar por todos los medios a quienes han recibido el don de trabajar juntos por la unidad cristiana.

“Como tal hay que abordarla”, matiza D. Julián.

Precisamente quien encontró su vocación y carisma en el estudio de la historia, asegura que las divisiones hay que abordarlas como misterio, misterio de Dios, claro, misterio de salvación entonces. “Dios escribe derecho con renglones torcidos”, decimos. Las divisiones cristianas, las de antaño y las de hogaño, llevan dentro una enorme carga de salvación, de purificación, de seria reflexión hacia la conversión interior. Advierte que todos los acontecimientos de las divisiones cristianas él los percibió y entendió en este sentido. Estoy seguro, sé que nunca los tomó como simples acontecimientos en los que unos fueron los obedientes y otros los díscolos, los culpables unos y otros los exentos de culpa. Lo aseguro porque fue mi profesor de Historia de la Iglesia durante cuatro años y en sus conversaciones a lo largo de años siempre reflejó esta profunda convicción sobre esos hechos. Ello le llevó a amar fraternalmente a los no católicos, al conocer que nosotros hemos sido y somos igualmente culpables de las separaciones.

5.- ¿CÓMO BUENOS CRISTIANOS PUEDEN PRODUCIR TANTA DESUNIÓN?

“Cómo puede entenderse que personas rectamente intencionadas hayan provocada las separaciones eclesiales?”, se pregunta.



¿Cómo tan buenos cristianos mantienen aún la desunión? Miembros de distintas Iglesias de España en unas Jornadas Nacionales e Interconfesionales de Ecumenismo.

Muchos años antes, su llamada a este carisma comenzó con esta misma pregunta, al estudiar aquellas situaciones históricas: "¿Por qué esto?", se preguntó durante mucho tiempo y podemos preguntarnos nosotros: ¿Por qué las rupturas monofisitas, por qué Nestorio, todo un Patriarca, por qué Focio, Cerulario o el cardenal Humberto Da Silva llevaron hasta el fin aquel antagonismo? ¿Acaso eran malos cristianos?. No. Pero se ofuscaron. Tal vez Dios les cegó a unos y a otros por su soberbia.

Lutero era un monje observante, no buscó romper la Iglesia, pero surgió otra Iglesia. Los Papas y eclesiásticos de la época no eran unos descreídos, pero estaban muchos de ellos entregados a la grandeza humana y, si bien sabían aquello de "ecclesia semper reformanda", no pusieron algunos lo necesario para llevarlo a cabo y fueron ciegos ante los signos de su tiempo. Cualquiera de los reformadores eran buenos cristianos, austeros, buscaban la gloria de Dios y en la reforma católica, ¿no era, por ejemplo, San Ignacio de Loyola un testimonio cristiano y esa reforma no dio auténticos cristianos?. Claro que sí, pero el *verme* de la desunión hizo que unos no vieran las buenas intenciones de los otros, de manera que se llegó hasta las guerras de religión y a la división religiosa de los países.

Buscadores de unidad, produjeron la desunión, esforzándose por cambiar se levantaban los odios irreconciliables. ¡Misterio!

En nuestros días Alexis II de Moscú, recientemente fallecido, ha mantenido durante años un fuerte enfrentamiento con el Patriarca Ecuménico. Ya había sucedido así también con Alexis I allá por los años del Concilio con el Patriarca Atenágoras. Sin embargo, han sido unos buenos Patriarcas y obispos, piadosos y esforzados en la renovación de sus Iglesias.

En estos tiempos también la Iglesia católica ha sido ciertamente intransigente, poco acogedora con ortodoxos, anglicanos y protestantes. Podemos recordar cuántas veces rehusó invitaciones a los primeros intentos del movimiento ecuménico. No obstante Pío X, Benedicto XV, Pío XI o Pío XII fueron excelentes pontífices, de talla cristiana extraordinaria.

¿Qué ocurre, entonces? Nos encontramos, sin duda, sumergidos en un misterio: amándonos nos rechazamos, unidos por el Bautismo seguimos dividiendo a Cristo, en vez de dialogar nos gritamos, en lugar de mimarnos nos criticamos acervamente, no queremos vivir juntos, nos prohibimos comer en la misma mesa aunque se percibe nítida la necesidad que tenemos los unos de los otros y cuando hablamos desde el corazón nos añoramos.

Decía el Papa Benedicto XVI en el mensaje a Bartolomé I en la fiesta de San Andrés el 30 de noviembre de 2008: "*Confiamos en que nuestro camino común llegue a ese día bendito en el que alabaremos a Dios juntos y a una celebración compartida de la Eucaristía*"

Vemos en el cristiano de otra tradición un enemigo y en ocasiones hasta le tachamos de enemigo de Cristo. Frecuentemente hacemos lo posible por arrebatarlos los fieles unas Iglesias a otras, unas Confesiones a otras. Tanto nos rechazamos que ni reparamos en el testimonio negativo ante la sociedad, actual y pasada, necesitada de nuestra presencia de seguidores de Jesús. La sociedad pasa muchas crisis: una fuerte crisis ideológica, una enorme crisis industrial, nos encontramos ahora ahogados en una tremenda crisis financiera y después va a llegar una agobiante crisis social, pues tras lo anterior el mundo actual se halla abocado a un cambio en el que los cristianos estamos llamados a acompañar y testimoniar, cosa bien difícil desde nuestras divisiones. Indudablemente tal ayuda y testimonio influirán positivamente en nuestro acercamiento.

Para cumplir nuestra misión hemos de ponernos frente a la Palabra de Dios y dejarnos interpelar en cada momento. Si tanta ha de ser la interpelación a escala universal, no menor será en terreno nacional. España es muy singular en el ecumenismo. Somos gentes de gran ceguera con respecto a lo que nos rodea, de cortas miras en la crítica interna y obstinados en refugiarnos dentro de nuestros muros. El diálogo, la comprensión, la tolerancia y aceptación de unas Iglesias a otras es prácticamente inexistente. Para la católica pasan desapercibidas, cuando no despreciadas, las demás Iglesias, que entre ellas se entienden lo imprescindible algunas y otras viven en el campo de la enemistad.

Los ortodoxos tienen poco que agradecer en España a la católica, mientras ésta los mira como un cierto folklore litúrgico. Protestantes y ortodoxos se hallan muy distanciados y todos ellos contemplan de reojo a la Iglesia mayoritaria. El ecumenismo se hace, y siempre se ha hecho entre nosotros, casi a nivel de amigos. Son escasos los protestantes partícipes en esos actos y los católicos siempre los mismos. De más de cien pastores en Madrid, por ejemplo, a duras penas se encuentran media docena de ellos de talante ecuménico y sus comunidades son más bien anticatólicas. El ecumenismo para los católicos es mayoritariamente desconocido, infravalorado o considerado como un hobby de unas cuantas personas raras.

Mientras, unos y otros hablamos de Cristo en nuestras comunidades y celebramos cada cual nuestra Eucaristía. Hemos dialogado en esos grupos de amigos donde todo es más fácil y muy cercano, pero nunca se ha hablado entre las Iglesias protestantes y la católica, ni entre estas y las ortodoxas. Tampoco jamás hemos hablado, ni analizado juntos. Nuestras divergencias históricas, doctrinales, pastorales. Ni nos hemos pedido perdón de forma notoria y convencidos.

Nadie sale de sus muros, ninguno opta por el riesgo de abrirse a los otros, una pobre participación en las Semanas de la Unidad nos parece suficiente. Buscamos que las Iglesias no se vean comprometidas a nada. Los protestantes practican entre ellos un cierto ecumenismo o intercomuni6n, pero sus contados delegados de ecumenismo se encuentran en un segundo plano. Los ortodoxos griegos y rumanos y de otras Iglesias se consideran todos la Iglesia Ortodoxa, pero con escasos contactos entre ellos y con la católica y mucho menos con las protestantes. La católica en España tiene bastante con ser la mayoritaria. Algo positivo la sucede: en su interior se da una fuerte crítica y debido a eso, cuando no llega a rupturas internas, es menos prepotente.

Con tantas realidades la cuestión se sigue presentando difícil para los ecumenistas, que los hay en estas Iglesias. El desconocimiento, los prejuicios, la lejanía hacen presa en los cristianos de diversas tradiciones en nuestro suelo. Entre responsables, presidentes o jerarquías de las diversas denominaciones el distanciamiento es mayor.

Todas estas cuestiones conducen sinceramente a una constante autoevaluación: ¿Por qué todavía en España prácticamente no nos hablamos entre católicos y otras Iglesias?. Si usted es católico, ¿cómo no poner el ecumenismo en el plano que le situó el Concilio Vaticano II? ¿Por qué entre nosotros pesa tanto la figura del Papa y le somos tan fieles, menos en la práctica ecuménica? ¿Seguimos como Iglesia desprestigiando y despreciando a los cristianos de otras Iglesias? ¿Qué motivo existe para que la católica se oponga a un Consejo de Iglesias cuando existe en tantos países? ¿Qué razón se puede aducir para que el ecumenismo no ocupe apenas lugar en los planes pastorales?. Si hay que constatar que la Iglesia católica, salvo muy determinadas excepciones, suele ser generosa en abrir sus templos a otros hermanos que, llegados a España en gran número, carecen de ellos.

Si usted es protestante pregúntese: ¿Por qué sus Iglesias suelen ser tan anticatólicas hoy día? ¿Se dan todavía motivos para que el recuerdo de la Guerra Civil o el Régimen posterior les haga rechazar todo ecumenismo con la Iglesia católica? ¿No cree que en el protestantismo español anida demasiado complejo de inferioridad? ¿No sería posible un mayor ecumenismo entre las Iglesias de la Reforma?.

Si usted es ortodoxo: ¿Por qué las Iglesias ortodoxas en España se mantienen todavía tan centradas en sí mismas en una sociedad e Iglesias plurales? ¿Tal vez las Iglesias ortodoxas en España no hayan descubierto aún que pueden ser verdadero puente ecuménico entre la católica y las protestantes? ¿Hace lo suficiente mi Iglesia ortodoxa por enriquecer con su presencia la espiritualidad, el sentido litúrgico y la mística en las diversas Iglesias españolas?

Si nos situamos en otro plano, el de los grupos o movimientos ecuménicos, donde realmente se crea, cierne y realiza el ecumenismo, aparece inmediatamente ese poderoso misterio. Se da mucha indiferencia de unos a otros, distanciamiento y desconexión entre estas realidades ecuménicas que actúan por separado, sin conexión, desaprovechando la fuerza propia de la cohesión. Más todavía, en ocasiones se practica cierta rivalidad encubierta, cierto desconocimiento despectivo, el silencio en unos de lo que hacen los otros.

Esta falta de conexión se encuentra incluso en los mismos Centros Ecuménicos. Unos diez existen en España y desconocen a veces sus programas, sus actividades, sus posibilidades. Cada dos años se celebra una reunión de Centros a la que no siempre asisten todos, suelen tratar temas poco prácticos y sus conclusiones son casi nulas. Poner en común supondría un enriquecimiento considerable y un gran testimonio de unidad. Es este un campo que concierne a todos por igual. Nadie es más, ningún grupo viene a enseñar nada a otro y menos a presentarse de forma prepotente. Ninguno de los grupos existentes, los de más tiempo y los organizados hace poco, están llamados a colocarse en primera fila, sino todos a servir humildemente y con coraje al deficiente ecumenismo de nuestra tierra.

Es peor todavía cuando desuniones y rivalidades surgen dentro de los mismos grupos, y aquí el enemigo está siempre al acecho. Eso ocurre en ocasiones. De esta forma queda dañada la acción ecuménica desde su raíz. Falta de unión en el grupo, criterios enfrentados permanentemente, búsqueda del dominio, desobediencias fomentadas, críticas constantes corroen la unidad interna, base del testimonio exterior, despedazan la unión de Cristo y producen un daño casi irreparable en la Iglesia.

Si algo tiene todo esto de aprovechable es denunciarnos que hacemos un ecumenismo enfermo, corroído por dentro por el cáncer de la soberbia, la desobediencia, la infidelidad no sólo a los hermanos y a la Iglesia, sino al mismo Señor Jesús. Hacemos ahora nosotros lo mismo que hicieron quienes, pensando ser los mejores, nos metieron en esta situación de divisiones cristianas.

El asunto es grave y requiere por parte de todos, los que nos consagramos a la actividad ecuménica principalmente, una reflexión inmediata y sincera, una profunda conversión solamente posible puestos humildemente en manos de Dios y una auténtica petición de perdón sin reservas. De lo contrario estaremos engordando continuamente ese ecumenismo enfermo que produce exactamente la situación ecuménica presente

6.- ¿POR QUÉ CONTINUAMOS DESUNIDOS?



¿Cómo estando tan cerca nos hallamos tan alejados?
Miembros de diferentes Iglesias comparten un sencillo ágape

Sin abordar sinceramente el misterio de desunión no es posible hacer nuestras tan bellas y reales consideraciones como luego de haber expuesto esta realidad de la desunión, expuesta por el propio D. Julián, pues solamente después de hacer carne y sangre de nuestro ecumenismo ese misterio se puede dialogar y orar juntos con profundo dolor y amor de los que restañan las heridas. Es entonces cuando se pronuncian frases así:

“Por qué estamos lejos hallándonos tan cerca? ¿Por qué estando tan cerca continuamos alejados”.

Llega el momento de salir a buscar al otro hermano porque se ha comprobado la mutua autenticidad de la fe, el mismo nivel de convicción religiosa, la sincera entrega al Señor, idéntico amor a la Iglesia. Más, si cabe, al conocer mi Iglesia y las suyas, al exigirse la conversión y el perdón... se advierte gozosamente que unos y otros “somos rivales en el amor a Cristo”. Testifico que a lo largo de mis más de 40 años de práctica del ecumenismo yo he hallado este amor a nuestro único Señor en muchos pastores protestantes de nuestro entorno y en los sacerdotes ortodoxos. “Hambreemos juntamente la unidad de la Iglesia y competimos...”. Tanto que cuando nos sinceramos en la intimidad la añoramos. Especialmente gocé de la profunda amistad de un pastor quien murió lamentando mucho no haber visto esa unidad todavía y triste al comprobar cómo aquí en España parecía que últimamente todos estábamos más despreocupados los unos de los otros.

“Si esto es así, dice D. Julián, como en verdad lo es, ¿por qué continuamos desunidos? No encuentro respuesta a esta pregunta. La luz se me apaga. Me invade la oscuridad y me hundo en el misterio”.

Se encuentra aquí mucha teología y ninguna teoría. Gran experiencia práctica y mucho compromiso rezuman estas palabras. Una entrega en cuerpo y alma a la vocación ecuménica. Un profundo conocimiento de las realidades ecuménicas. Un magnífico legado ecuménico el de nuestro D. Julián, verdadera enseñanza para cuantos queremos continuar una labor ecuménica fructífera en nuestros días. Muchos quedamos impresionados por estas vivencias ecuménicas. Seguramente fueron escritas por la acción del Espíritu Santo para que ahora nosotros nos sumerjamos en la experiencia ecuménica de este eminente ecumenista español, bien conocido de todos nosotros.

¿Cómo responder a esa pregunta : por qué permanecemos tan lejos?.Seguramente la respuesta la hallamos en las consideraciones expuestas. No tenemos conciencia clara de vivir en la Iglesia Una, nos falta el suficiente conocimiento y amor a nuestra Iglesia y, por tanto, tampoco conocemos y amamos las otras, es posible que vivamos con poca intensidad el misterio de la unidad y el misterio de desunión que a veces nos circunda o que nuestra oración no sea constante ni nuestra conversión diaria. Seguramente entonces andamos practicando un ecumenismo enfermo, verdadero obstáculo para lograr la unión de los cristianos .Estamos llamados a una seria reflexión para volver a la fidelidad a la elección de Dios en nuestras vidas.